

LA TRAMPA

Mélanie Raabe

o

Fragmento

1

No soy de este mundo.

O eso dice la gente. Como si solo hubiera un mundo.

Estoy de pie en mi gran comedor vacío, donde no como nunca, y miro hacia fuera. La habitación está en la planta baja, la mirada atraviesa un gran ventanal y cae sobre el prado que hay detrás de mi casa y sobre la linde del bosque. De vez en cuando se ven corzos.

Zorros.

Es otoño, y al observar el exterior por la ventana tengo la impresión de estar contemplando un espejo. La progresión de colores, la tormenta de otoño que mece los árboles, que curva algunas de las ramas y rompe otras. El día es dramático y hermoso. La naturaleza también parece sentir que algo está a punto de acabar. Se rebela una vez más con toda su fuerza, con todos sus colores. Pronto quedará en calma frente a mi ventana. La luz del sol será relevada primero por un gris neblinoso y finalmente por un blanco vibrante. Los que vengan a visitarme —mi asistente, mi editor, mi agente; lo cierto es que no hay más— se quejarán de la humedad y del frío. De tener que rascar el parabrisas con los dedos entumecidos antes de arrancar el coche. De que aún está oscuro cuando salen de casa por la mañana y de que ya está oscuro cuando regresan por la tarde. Esas cosas no tienen ninguna importancia para mí. En mi mundo la temperatura es siempre de 23,2 grados exactos, tanto en invierno como en verano. En mi mundo siempre es de día y nunca de noche. Aquí no hay lluvia, no hay nieve, no hay dedos congelados. En mi mundo no hay más que una estación, y todavía no le he encontrado nombre. Esta villa es mi mundo. La sala de la chimenea es mi Asia, la biblioteca es mi Europa, la cocina es mi África. Norteamérica está en mi despacho. Mi dormitorio es Sudamérica, y Australia y Oceanía están en la terraza. A solo un par de pasos de distancia, pero completamente inalcanzables.

Hace once años que no salgo de aquí.

Los motivos pueden leerse en todos los medios, aunque alguna que otra publicación exagera un poco. Estoy enferma, sí. No puedo salir de mi casa, cierto. Pero no estoy obligada a vivir en completa oscuridad, y tampoco duermo en una burbuja de oxígeno. Es

soportable. Está todo organizado. El tiempo es una corriente poderosa y suave, por la que me dejo llevar. Solo Bukowski trastorna apenas las cosas cuando corre por la hierba bajo la lluvia y entra trayendo consigo un poco de tierra en las patas y un par de gotas en el pelo. Me encanta pasarle la mano por el pelaje hirsuto y notar la humedad en mi piel. Me encanta el rastro sucio del otro mundo que Bukowski deja sobre las baldosas y el parquet. En mi mundo no hay tierra, árboles ni prados, ni conejos ni luz solar. El gorjeo de los pájaros es una grabación; el sol, el solárium del sótano. Mi mundo no es muy amplio, pero mi mundo es seguro. O eso creía yo.

2

El seísmo se produjo un martes. No hubo pequeños temblores previos. Nada que me advirtiera.

Estaba de viaje por Italia. Voy a menudo. Visitar países donde ya he estado es lo que más fácil me resulta, y en Italia he estado varias veces. Así que en ocasiones vuelvo.

Italia es un país hermoso y al mismo tiempo peligroso, ya que me recuerda a mi hermana.

A Anna, que ya amaba Italia mucho antes de ir por primera vez. Que de niña había conseguido un curso de italiano y había puesto los casetes tantas veces que se estropearon. A Anna, que de adolescente zigzagueaba con su Vespa, para la que tan laboriosamente había ahorrado, por las calles de nuestra ciudad alemana con tanta temeridad como si serpenteara por las callejas de Roma.

Italia me recuerda a mi hermana y a cómo eran las cosas entonces, antes de la oscuridad. Siempre intento ahuyentar el recuerdo de Anna, pero es pegajoso como una de esas antiguas trampas atrapamoscas. Otros pensamientos tenebrosos se quedan enganchados a ella sin remedio.

De todos modos, viajé a Italia. Me había retirado toda una semana a tres habitaciones de invitados contiguas en la planta superior, que nunca utilizo y en las que rara vez entro, y las había declarado Italia. Había puesto la música apropiada, había visto películas italianas, me había enfrascado en documentales sobre el país y su gente, había desperdigado libros de fotos por todas partes y, día tras día, había encargado a una empresa de catering que me enviara especialidades culinarias de sus diferentes regiones. Y el vino. Oh, el vino... Logra que mi Italia sea casi auténtica.

Camino por las callejas de Roma en busca de aquel restaurante tan especial. La ciudad está pegajosa y caliente. Estoy agotada. Agotada de nadar contra la corriente de turistas, agotada de rechazar los ofrecimientos de los innumerables vendedores ambulantes, agotada de la belleza que hay a mi alrededor, que he bebido a grandes sorbos.

Los colores me asombran. Las nubes bajas y grises cubren la Ciudad Eterna, y el Tíber fluye en un verde opaco.

Debo de haberme quedado dormida porque, cuando despierto, el documental sobre la Roma antigua que estaba viendo ha terminado hace rato. Me siento confusa. No recuerdo ningún sueño, pero me resulta difícil regresar a la realidad.

Actualmente sueño poco. En los primeros años de mi reclusión del mundo real soñaba con mucha intensidad. Como si mi cerebro quisiera compensar por la noche la falta de estímulos nuevos durante el día. Inventaba las aventuras más abigarradas: selvas tropicales con animales parlantes; ciudades de cristal multicolor pobladas por seres con poderes mágicos. Mis sueños siempre comenzaban alegres y luminosos, pero tarde o temprano, al principio de forma imperceptible, muy paulatina, se teñían como un papel secante sumergido en tinta negra. En la selva las hojas caían y los animales enmudecían. El cristal multicolor de pronto era afilado y cortaba los dedos, el cielo se cernía en tonos burdeos. Y tarde o temprano aparecía. El monstruo. Unas veces no era más que una vaga sensación de amenaza que no acababa de comprender, otras solo lo entreveía como una silueta en el margen de mi campo visual. A veces me perseguía, y yo corría y evitaba volverme porque no podía soportar ver su rostro, ni siquiera en sueños. Si miraba al monstruo directamente, me moría. Siempre. Me moría y despertaba jadeando como si estuviera a punto de ahogarme. Y entonces, en aquellos primeros años, cuando aún tenía sueños, era difícil ahuyentar los pensamientos nocturnos, que se posaban como cuervos en mi cama. Y ya no podía hacer nada. No importaba cuán dolorosos fueran los recuerdos; en esos momentos pensaba en ella, en mi hermana.

Esta noche no hay sueños, no hay monstruos, y sin embargo estoy angustiada. En mi cabeza resuena una frase que no alcanzo a entender. Una voz. Tengo los párpados pegados, me doy cuenta de que se me ha dormido el brazo derecho, lo masajeo intentando reanimarlo. El televisor sigue encendido y de allí sale la voz que se ha deslizado en mis sueños, que me ha despertado.

Es una voz masculina, neutra e impersonal, como las que siempre se oyen en los canales de noticias que a veces emiten esos bonitos documentales que tanto me gustan. Me incorporo a duras penas, busco a tientas el mando a distancia, no lo encuentro. Mi cama es gigante, mi cama es un mar de cojines y mantas, libros de fotos y todo un ejército de mandos a distancia: para el televisor; para el receptor; para el reproductor de DVD y los dos de Blu-Ray, que reproducen distintos formatos; para el equipo de sonido, el grabador de DVD y mi viejo aparato de VHS. Resoplo resignada, la voz del

locutor me informa de cosas sobre Oriente Próximo de las que no quiero saber nada, ahora no, hoy no, estoy de vacaciones, estoy en Italia, ¡me apetecía mucho este viaje!

Es demasiado tarde. Las certezas del mundo real de las que habla la voz del locutor, las guerras, las catástrofes, las crueldades que tanto me habría gustado olvidar durante un par de días han penetrado en mi mente y me han arrebatado la alegría en cuestión de segundos.

La sensación de que estoy en Italia ha desaparecido, el viaje se ha frustrado. Mañana por la mañana regresaré a mi verdadero dormitorio y liaré los bártulos de Italia. Me froto los párpados, el resplandor del televisor me molesta mucho. El locutor ha dejado Oriente Próximo y ahora habla de asuntos de política nacional. Atiendo resignada. Mis ojos cansados lagrimean. El hombre ha terminado de recitar su texto y a continuación se establece una conexión en directo con Berlín. Ante el Reichstag, que se alza majestuoso y sólido en la oscuridad, hay un reportero que dice algo sobre el último viaje al extranjero de la canciller.

Enfoco la vista. Me estremezco, parpadeo. No me lo explico... Pero ¡lo estoy viendo! ¡Justo delante de mí! No puede ser, sencillamente no puede ser. No creo lo que ven mis ojos; vuelvo a parpadear, nerviosa, como si así pudiera ahuyentar la imagen; no cambia nada. El corazón se me encoge dolorosamente. Mi cerebro piensa: «Imposible». Aun así, mis sentidos saben que es cierto. ¡Dios mío! Mi mundo se tambalea. No entiendo qué sucede a mi alrededor pero la cama se mueve, las estanterías con los libros oscilan y se vienen abajo. Los cuadros se descuelgan de la pared, los cristales se rompen, se forman grietas en el techo, al principio muy finas, enseguida más gruesas. Las paredes se derrumban, el ruido es indescriptible, y sin embargo todo está en silencio, en completo silencio.

Mi mundo se ha reducido a cenizas. Estoy sentada en la cama, entre los escombros, y miro fijamente el televisor. Soy una herida abierta. Soy el olor de la carne cruda. Me escindo. Hay relámpagos en mi cabeza, de una claridad deslumbrante y dolorosa. Mi campo de visión se tiñe de rojo, me llevo la mano al corazón, me mareo, mi conciencia titila, sé lo que es, esta sensación cruda y roja, estoy teniendo un ataque de pánico, estoy hiperventilando, enseguida me desmayaré, espero desmayarme. Esa imagen, ese rostro... no lo soporto. Quiero apartar la mirada pero es imposible, estoy petrificada. No quiero verlo pero tengo que hacerlo, no puedo evitarlo, mi mirada se dirige hacia el televisor, no puedo desviarla, no puedo, mis ojos están muy abiertos y lo observo fijamente, al monstruo de mis sueños, e intento despertarme, despertarme de una vez. Morir y así despertarme, como sucede siempre que miro al

monstruo cara a cara en sueños.

Pero ya estoy despierta.

3

La mañana siguiente salgo de entre los escombros y poco a poco me recobro.

Me llamo Linda Conrads. Soy escritora. Cada año me obligo a escribir un libro. Mis libros tienen mucho éxito. Tengo una posición acomodada. O mejor dicho: tengo dinero.

Tengo treinta y ocho años. Estoy enferma. Los medios especulan sobre una enfermedad misteriosa que me impide moverme a mi antojo. Hace más de una década que no salgo de mi casa.

Tengo familia. O mejor dicho: tengo padres. No los veo desde hace mucho. No me visitan. No puedo visitarlos. Rara vez hablamos por teléfono.

Hay algo en lo que no me gusta pensar. Sin embargo me resulta imposible no hacerlo. Guarda relación con mi hermana. Hace tiempo de aquello. Yo quería a mi hermana. Mi hermana se llamaba Anna. Mi hermana está muerta. Mi hermana era tres años menor que yo. Mi hermana murió hace doce años. Mi hermana no murió sin más. Mi hermana fue asesinada. Hace doce años que mi hermana fue asesinada y yo la encontré. Vi huir a su asesino. Vi la cara del asesino. El asesino era un hombre. El asesino volvió el rostro hacia mí y echó a correr. No sé por qué salió corriendo. No sé por qué no me atacó. Solo sé que mi hermana está muerta y yo no.

Mi terapeuta considera que sufro un trauma psíquico severo.

Esta es mi vida, esta soy yo. Lo cierto es que no quiero pensar en ello.

Me incorporo a duras penas, dejo caer las piernas por el borde de la cama, me levanto. O al menos eso me propongo, pero en realidad no me muevo ni un centímetro. Me pregunto si estoy paralizada. No tengo fuerzas en los brazos ni en las piernas. Vuelvo a intentarlo, pero es como si mi cerebro emitiera unas órdenes tan débiles que no llegaran a mis extremidades. Puede que no pase nada si me quedo tumbada aquí un momento. Ya es de día, pero la verdad es que lo único que me espera es mi casa vacía. No me esfuerzo, desisto. Mi cuerpo me resulta extrañamente pesado. Me quedo acostada un rato, pero no vuelvo a dormirme. La siguiente vez que miro el reloj de la mesita de noche han pasado seis horas. Me sorprende, no es bueno. Cuanto más rápido pasa el tiempo antes llega la noche, y tengo miedo a la noche a pesar de todas las luces encendidas de mi casa. Tras varios intentos finalmente consigo llevarme al baño y después bajar la escalera. Una expedición al otro extremo del mundo.

Bukowski me recibe con un bufido alegre meneando la cola. Le doy

de comer, le lleno el cuenco de agua, lo dejo salir, revolcarse un poco; recuerdo que por lo general me hace feliz verlo correr y jugar, pero hoy no siento nada. Solo quiero que regrese cuanto antes para irme a la cama otra vez. Le silbo, es un punto diminuto y saltarán en la linde del bosque. Si no volviera, yo no podría hacer nada. Pero siempre regresa. Conmigo, a mi pequeño mundo. Hoy también. Se me echa encima, me pide que juegue con él, pero no puedo. Desiste, decepcionado.

Lo siento, amigo.

Se acurruca en su lugar preferido de la cocina y me dirige una mirada triste. Me doy la vuelta, me voy a mi habitación, donde de inmediato me tumbo en la cama; me siento débil, permeable.

Antes de la oscuridad, antes de mi reclusión, cuando era fuerte y vivía en el mundo real, solo me sentía así cuando estaba incubando una gripe. Pero no he pillado la gripe. Me ha pillado la depresión, como siempre que pienso en Anna y en lo que sucedió, recuerdos que tanto empeño pongo en bloquear.

Hasta ahora he logrado ver pasar la vida tranquilamente y reprimir cualquier pensamiento sobre mi hermana. Pero todo aquello ha vuelto. Y, por mucho tiempo que haya pasado, la herida sigue abierta. El tiempo no es más que un parche.

Sé que debería hacer algo antes de que sea demasiado tarde, antes de que me atrape la vorágine de la depresión, que me arrastra hacia la oscuridad. Sé que debería hablar con un médico, pedirle que me recete algo, pero no consigo hacer acopio de ánimo. El esfuerzo me parece inmenso. Y al fin y al cabo qué más da. Muy bien, tendré una depresión. Podría quedarme acostada para siempre. ¿Qué diferencia habría? Si no puedo salir de casa, ¿por qué tendría que salir del dormitorio? ¿O dejar la cama? ¿O el sitio donde estoy tumbada? El día pasa y la noche ocupa su lugar.

Se me ocurre que podría llamar a alguien. A Norbert quizá. Él vendría. No solo es mi editor, somos amigos. Si pudiera mover los músculos de la cara, al pensar en Norbert sonreiría. Recuerdo nuestro último encuentro. Estábamos sentados en la cocina, yo había preparado espaguetis con salsa boloñesa casera y Norbert me habló de sus vacaciones en el sur de Francia, de lo más interesante que había pasado en la editorial, de las últimas locuras de su esposa. Norbert es maravilloso, ruidoso, divertido, una fuente inagotable de historias. Tiene la mejor risa del mundo. La mejor risa de los dos mundos, para ser precisos.

Norbert me llama su «extremófila». Cuando me lo dijo por primera vez tuve que buscarlo en Google. Y me asombró cuánta razón tenía. Los extremófilos son organismos que se han adaptado a condiciones extremas y sobreviven en medios hostiles. Con un calor o un frío

insoportables. En completa oscuridad. En entornos radiactivos. En ácido. O incluso, y a esto debe de referirse Norbert, prácticamente aislados. «Extremófila.» Me gusta la palabra. Y me agrada que me llame así. Suena como si yo misma me hubiera buscado todo esto. Como si me entusiasmara vivir de forma tan extrema. Como si lo hubiera elegido.

Por ahora solo puedo escoger si me tumbo del lado izquierdo o del derecho, boca abajo o boca arriba. Pasa un día o dos. Hago un gran esfuerzo por no pensar en nada. En algún momento me levanto, me acerco a las estanterías que se alinean contra las paredes de mi habitación, saco un par de libros, los coloco sobre la cama, pongo en modo «bucle infinito» mi álbum favorito de Billie Holiday y vuelvo a deslizarme bajo las mantas. Escucho, hojeo y leo hasta que me duelen los ojos y la música me deja laxa como si me hubiera dado un baño de agua caliente. Ya no me apetece leer, me gustaría ver una película, pero no me atrevo a encender el televisor. Sencillamente no me atrevo.

Doy un respingo al oír pasos. Billie ya no canta, en algún momento he silenciado su triste voz con uno de mis múltiples mandos a distancia. ¿Quién hay ahí? Es noche cerrada. ¿Por qué no ladra mi perro? Querría levantarme, coger algo con lo que defenderme, esconderme, hacer cualquier cosa, pero me quedo tumbada, con la respiración acelerada y los ojos muy abiertos. Alguien llama a la puerta. No respondo.

—¿Hola? —dice una voz que no conozco.

Y de nuevo:

—¿Hola? ¿Está ahí dentro?

La puerta se abre, yo gimoteo, mi débil versión de un grito. Es Charlotte, mi asistente. Conozco su voz, por supuesto; mi miedo la ha distorsionado. Charlotte viene dos veces por semana, me hace la compra, lleva las cartas a la oficina de Correos, hace lo que haya que hacer. Mi conexión de pago con el mundo exterior. Permanece en el marco de la puerta, indecisa.

—¿Está usted bien?

Mis pensamientos se reordenan. Si Charlotte está aquí, no puede ser de noche. Debo de haber pasado mucho tiempo en la cama.

—Perdone que haya entrado por mi cuenta, pero, como no ha respondido al timbre, me he preocupado y he abierto con mi llave. ¿Timbre? Recuerdo un ruido que se ha colado en mi sueño. ¡Vuelvo a soñar después de tantos años!

—No me encuentro muy bien —digo—. Estaba profundamente dormida y no la he oído. Disculpe.

Estoy un poco avergonzada, ni siquiera consigo incorporarme, me quedo tumbada. Charlotte parece inquieta, y eso que no es fácil que

pierda la calma. Precisamente por eso la elegí. Charlotte es más joven que yo, puede que ronde los treinta años. Tiene un montón de empleos: es camarera en varias cafeterías, trabaja en la taquilla de un cine del centro, ese tipo de cosas. Y dos veces por semana viene a mi casa. Me gusta Charlotte. Su pelo corto teñido de negro azulado, su cuerpo rotundo, sus coloridos tatuajes, su humor procaz, las historias de su hijo pequeño. «El diablillo», lo llama.

Si Charlotte parece inquieta, mi aspecto debe de ser terrible.

—¿Le traigo algo más? ¿De la farmacia quizá?

—Gracias, en casa tengo cuanto me hace falta —respondo.

Sueno extraña, como un robot, hasta yo me doy cuenta, pero no puedo hacer nada para cambiarlo.

—Hoy no la necesito, Charlotte. Tendría que haberla avisado. Lo siento.

—No se preocupe. La compra está en el frigorífico. ¿Quiere que pasee al perro antes de irme?

Dios mío, el perro. ¿Cuánto tiempo llevo aquí tumbada?

—Genial, gracias —digo—. Póngale comida en el cuenco también, ¿de acuerdo?

—Vale.

Me tapo con las mantas hasta la nariz para que Charlotte sepa que doy por terminada la conversación.

Se queda un instante en la puerta, es evidente que no se decide a dejarme sola, pero finalmente toma una decisión y sale de mi habitación. Oigo los ruidos que hace en la cocina; está dando de comer a Bukowski. Por lo general me encanta que haya jaleo en casa, hoy me da igual. Dejo que las almohadas, las mantas y la oscuridad me envuelvan, aunque ya no podré dormirme.

4

Estoy tumbada en la oscuridad y pienso en el día más negro de mi vida. Recuerdo que no pude llorar la muerte de mi hermana cuando la enterraron, aún no. Que una única idea ocupaba mi mente y mi ser: ¿Por qué? No había sitio para nada más: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que morir?

Sentía que mis padres me hacían esas preguntas, ellos, los demás dolientes, los amigos de Anna, sus compañeros... todos en realidad. Ya que yo había estado allí, debía saber algo. ¿Qué demonios había sucedido? ¿Por qué había tenido que morir Anna?

Recuerdo que los asistentes al entierro lloraban, dejaban caer flores sobre el ataúd, se apoyaban unos en otros, se sonaban la nariz. A mí todo me resultaba irreal, extrañamente distorsionado. Los ruidos, los colores, incluso los sentimientos. Un sacerdote que arrastraba las palabras. Personas que se movían a cámara lenta. Arreglos de rosas

y lirios descoloridos.

¡Maldita sea, las flores! La idea me devuelve al presente. Me incorporo en la cama. He olvidado pedir a Charlotte que riegue las flores de mi invernadero, y hace rato que se ha marchado. Charlotte sabe que adoro mis plantas y que me ocupo de ellas con regularidad, así que es poco probable que se le haya ocurrido regarlas. No me queda otra que hacerlo yo misma. Me levanto con un lamento. Noto el suelo frío bajo mis pies desnudos. Me obligo a poner uno delante del otro, a recorrer el pasillo en dirección a la escalera, a descender a la planta baja, a atravesar el gran salón y el comedor. Abro la puerta de mi invernadero y me adentro en la selva.

Mi casa está dominada por espacios amplios, por el vacío, por objetos inanimados, a excepción de Bukowski. Pero aquí, en mi invernadero, en este verdor frondoso y exuberante, reina la vida. Palmeras. Helechos. Pasionarias, strelitzias, calas e, invariablemente, orquídeas. Me encantan las plantas exóticas. El calor sofocante del invernadero —mi propio jardín tropical en miniatura— hace que la frente empiece a sudarme casi de inmediato, y la larga camiseta blanca que me he puesto para dormir está húmeda y se me pega al cuerpo. Adoro esta maleza verde. No quiero orden. Quiero caos, vida. Quiero que las ramas y las hojas me acaricien cuando recorro estos pasillos, como si caminara por un bosque. Quiero oler el aroma de las flores, dejar que me embriaguen, quiero impregnarme de sus colores.

Miro a mi alrededor. Sé que ver mis plantas debería alegrarme, sin embargo hoy no siento nada. Mi invernadero está intensamente iluminado, pero fuera es noche cerrada. Sobre el techo de cristal que me cubre las estrellas brillan indiferentes. Llevo a cabo las tareas que tanto me satisfacen por lo general como con el piloto automático. Riego las plantas. Introduzco los dedos en la tierra para saber si está seca y se ha apelmazado y necesita agua, o si, por el contrario, se me adhiere a ellos porque está húmeda.

Me abro paso hacia la parte trasera del invernadero. Aquí se encuentra mi pequeño jardín personal de orquídeas. Las plantas se apilan en estanterías, cuelgan del techo en macetas. Florecen con opulencia. Aquí también está mi preferida, que al mismo tiempo es la que más disgustos me da. Una pequeña orquídea, insignificante entre sus exuberantes hermanas, casi podría decirse que es fea, con solo dos o tres hojitas verdes oscuras, además de raíces grises y secas, sin flores, hace mucho que no tiene flores, ni siquiera una vara. Es la única planta que no he comprado yo misma para el invernadero. Ya la tenía antes. Me la traje de mi antigua vida, del mundo real, hace muchos, muchos años. Sé que no reverdecerá, pero no soy capaz de tirarla. La riego un poco. Entonces me vuelvo hacia

una orquídea especialmente bonita con pesadas flores blancas. Deslizo el dedo por sus hojas, palpo con cuidado las flores aterciopeladas. Los capullos que aún no se han abierto son firmes, los noto duros cuando los toco. Casi parecen reventar de vida. Dentro de poco se abrirán. Se me ocurre que podría estar bien cortar un par de varas florecidas y colocarlas en un jarrón en casa. Y mientras todo esto se me pasa por la cabeza, de pronto vuelvo a pensar en Anna. Aquí tampoco puedo librarme de su recuerdo. Cuando éramos pequeñas coger flores no le gustaba tanto como a mí y a los demás niños. Creía que era cruel arrancarles su bonita cabeza. Al pensar en ello ahora una sonrisa asoma a mis labios. Las manías de Anna. Y de repente veo a mi hermana ante mí con total claridad, su pelo rubio, sus ojos añiles, su nariz diminuta, su boca grande, la arruga entre sus cejas casi invisibles que siempre aparecía cuando se enfadaba. Los pequeños lunares que formaban un triángulo perfecto en su mejilla izquierda. El imperceptible vello rubio de sus mejillas, que solo se veía cuando el sol de verano le daba en la cara en un ángulo perfecto. La veo, claramente. Y oigo su voz, luminosa y cantarina. Y su traviesa risa masculina, que tanto desentonaba con su carácter de niña. La veo riendo ante mí. Es como un puñetazo en el vientre.

Recuerdo una de las primeras conversaciones con mi terapeuta, poco después de la muerte de Anna. La policía no tenía pistas, el retrato robot que habían hecho con mi ayuda no servía de nada, ni siquiera yo pensaba que guardara similitud con el hombre que había visto. Pero por mucho que lo intentara no era capaz de hacerlo mejor. Recuerdo decir a la terapeuta que necesitaba saber por qué había sucedido. Que no saberlo me torturaba. Recuerdo que me respondió que era normal, que siempre era lo peor para los familiares. Me recomendó un grupo de autoayuda. Un grupo de autoayuda, casi me echo a reír. Recuerdo contarle que habría hecho cualquier cosa por conocer el motivo. Le debía al menos eso a mi hermana. Al menos eso.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Está usted obsesionada con esa pregunta, señora Conrads, no es bueno, debe pasar página. Seguir con su vida.

Intento desprenderme de la imagen de Anna y de cualquier pensamiento sobre ella. No quiero pensar en ella, porque sé adónde me lleva eso. En una ocasión casi me volvió loca. La idea de que Anna está muerta y de que su asesino sigue libre ahí fuera.

Lo peor fue no poder hacer nada. Así que era preferible dejar de pensar en ello. Distraerme. Olvidar a Anna.

Lo intento ahora, pero esta vez no funciona, ¿por qué?

El rostro del locutor de las noticias se me aparece de súbito y algo

hace clic en mi cabeza. De golpe me doy cuenta de que he estado en shock las últimas horas.

Pero ahora lo veo claro. El hombre de la pantalla de televisión, cuya imagen tanto me ha perturbado, era real.

No era una pesadilla, era la realidad.

He visto al asesino de mi hermana. Sí, han pasado doce años, pero lo recuerdo muy bien. El significado de lo que ha sucedido me golpea con fuerza.

Se me cae la regadera, que acababa de llenar de agua fresca. Aterriza ruidosamente en el suelo, su contenido se derrama sobre mis pies desnudos. Me vuelvo, salgo del invernadero, me golpeo un dedo en el umbral al entrar en casa, ignoro el dolor agudo que me recorre hasta el talón, sigo avanzando a toda prisa.

Cruzo la planta baja con paso rápido, subo la escalera hasta el piso superior, me deslizo por el pasillo, llego a mi dormitorio sin aliento. El portátil está sobre la cama. Irradia algo amenazante. Titubeo un instante, pero enseguida me siento y lo arrastro hacia mí con dedos temblorosos. Casi tengo miedo de abrirlo, como si pudieran vigilarme a través de la pantalla.

Entro en internet, abro Google, tecleo el nombre del canal de noticias en el que he visto a ese hombre. Estoy nerviosa, me confundo un par de veces con las teclas, al tercer intento lo consigo por fin. Abro la página de inicio de la redacción del canal. Voy haciendo clic sobre los perfiles de los trabajadores. Durante unos segundos pienso fugazmente que quizá todo esto no haya sido más que una paranoia, que ese hombre no existe, que solo lo he soñado. Pero entonces doy con él. Después de unos cuantos clics lo localizo. El monstruo. Me estremezco al ver de pronto su imagen en la pantalla, levanto instintivamente la mano izquierda para ocultar su foto, no puedo mirarlo, aún no, las paredes vuelven a moverse, el corazón se me acelera. Me concentro en mi respiración. Cierro los ojos. Con tranquilidad. Bien. Los abro, contemplo la página web. Leo su nombre. Su currículum. Leo que le han concedido varios premios. Que tiene familia. Que lleva una vida plena y de éxito. Algo se desgarrar en mi interior. Siento algo que no había sentido en años, y es abrasador. Poco a poco bajo la mano que tapaba la pantalla.

Lo observo.

Miro a los ojos al hombre que asesinó a mi hermana.

La ira me atenaza la garganta...